

textos

libros

tecnología y apocalipsis, (Félix Duque, *Filosofía para el fin de los tiempos*, Akal), *La Razón*, abril de 2001

Emparentado con Marzoa en el rigor de cuño alemán, con Trías en la voluntad de hacer "aterrizar" la filosofía fuera de los tics gremiales, Duque se distingue por una desbordada pasión hacia las entrañas de este presente mundial. Aunque también lo sea, nuestro filósofo no es ante todo un apabullante erudito. Como pensador, adopta una posición al interpretar los signos de este tiempo. De hecho, su postura es sistemáticamente coherente, cosa que es de agradecer incluso allí donde no querriamos estar de acuerdo. Continuamente nos da argumentos, estemos en un lado o en otro, estemos (las más de las veces) desorientados. Y ello con un castellano que colorea el seco rigor del hermeneuta con un irónico casticismo.

Según Duque, el hombre moderno se ha empeñado astutamente en ignorar su origen mortal, dedicándose a interponer toda suerte de artificios entre él y su entorno. Cada vez que los críticos de Occidente, sean Marx o Nietzsche, abren una vía de agua en nuestra gigantesca nave, la inteligencia occidental se las arregla para acabar sacando de ahí nuevas energías para la flotación.

No obstante, la profecía heideggeriana, según la cual la cibernética sería la metafísica de esta época de indigencia, no se ha cumplido. Al contrario, la voluntad occidental de pureza cristalina ha saltado hecha pedazos en Internet, con el retorno de muchos sueños prohibidos. El viejo caos despierta en la Web, pues también la carne y la sangre han aprendido a viajar electrónicamente a la velocidad de la luz. Los peces recogidos en la red tienen así un sabor acre y un tanto pegajoso, como el de un humus que se resiste. Finalmente, esta era se asemeja al *caosmos* de Joyce, con una universalidad refractada en caleidoscópicos individuos. Es la belleza de un caos al fin emergente, con un infierno y cielo vibrando juntos en la pantalla del ordenador. No se avecina el Fin de la Historia sino el fin de los tiempos, una confluencia de muchas aguas donde se encuentran trabajos de amor perdidos, espacios de extrañeza, de alteridad compartida. Tras Heidegger, Duque piensa que el más inquietante de los anfitriones, la tecnología, brinda una posibilidad extrema a esta humanidad cansada. Todavía es posible la condolencia entre mortales conectados por la fibra óptica. También el acero se fatiga, también en el silicio duerme algo de la arena primordial.

Proteo, la anciana divinidad marina que descansa al cambiar, nos hace otra vez señas. Lo que nuestra experiencia nos dice, y no queremos oír, es que cada uno de nosotros es indefinido, sin principio ni fin. En efecto, siempre llegamos demasiado tarde para nuestro nacimiento, siempre es demasiado pronto para la muerte. No somos ni mortales ni inmortales, sino existencia en suspenso. ¿Podremos aprender a vivir alguna vez en el puro devenir, sin intentar imprimir a éste el carácter del ser, como incluso Nietzsche llegó a pedir? La tarea ahora es buscar un difícil

equilibrio entre la ficción necesaria de unos límites que nos protejan y la experiencia real del flujo incierto de nuestra existencia. Deberíamos atrevernos a vivir sin ansia de redención ni sentimiento de miseria, paliando con nuestras desesperadas fuerzas el sufrimiento de los demás. Somos nosotros, no los muertos, los que vivimos la muerte. Quien sabe eso, tiene bastante por hacer, en vez de soñar con apocalipsis redentores, sean de "izquierda" o de "derecha".

No más pueblos elegidos, pues, Nuevos Mundos u octubres que partan en dos la historia. Esas grandes palabras nos han hecho infelices por su ilusión atroz de encarnar lo universal en lo particular. Lo que el filósofo propone a cambio es reconocerle a la existencia mortal, al devenir efímero de cada hombre, la profundidad del antiguo Ser. Ahora bien, ¿quién impedirá que de esta "existencia indefinida" brote algún día un nuevo ideal, tan humano como peligroso? Entiendo que Duque opta por mantener la apuesta, aún con todos los riesgos. De ser así, aún perseverando en mantenerla al abrigo de esta configuración del presente, él sostendría esa nostalgia de lo abierto sin la cual no vive ninguna filosofía. Entre el delirio de las sectas fundamentalistas y la ingenuidad tecnológica de la mayoría, el autor de este libro nos invita a un uso proteico de la libertad, capaz de colarse por los nuevos intersticios.

¿Qué nos queda, qué puede hurtarse a la obscenidad del ciberespacio? Quedan el amor y el dolor, el nacimiento y la muerte del ser querido, todo lo obstinadamente impregnado de sangre y tierra, absorto en huellas que nadie transmite *on line* porque no cotizan en el mercado espectacular de los valores. Al fondo, el viejo saber y sabor de la mortalidad compartida, consentida, en esta fatigada indefinición de la existencia.